

ca Cisalpina, hija sumisa de la república francesa; el Piamonte, por fin, limitado al nacimiento del Po y sometido también á nosotros. De este modo, dueños de la Toscana y de la Cisalpina, ocupábamos toda la Italia central é impedíamos que los austriacos diesen la mano al Piamonte, á la Santa Sede y á Nápoles.

El Austria había perdido en la primera coalición la Bélgica y la Lombardía, además de Módena, que pertenecía á su casa imperial. Perdió en la segunda el obispado de Salzburgo para sí, y la Toscana para su corona; la cual la dejaba un tanto rebajada en Alemania y mucho más todavía en Italia. Pero verdaderamente no era para la Francia excesiva la recompensa después de tanta sangre vertida y de tantos esfuerzos consumados.

El principio de las secularizaciones no se establecía explícitamente, pero sí de una manera implícita, puesto que se prometía indemnizar á los príncipes herederos sin hablar de los príncipes eclesiásticos, y era evidente que no podían pedirse indemnizaciones sino para estos últimos.

Declarábase la paz común á las repúblicas báltava, helvética, cisalpina y liguriana; garantizase su independencia. Nada se decía relativamente á Nápoles, al Piamonte y á la Santa Sede. Estos Estados quedaban sujetos á la generosidad de la Francia, la cual fuera de esto estaba ligada por lo tocante á Nápoles y al Piamonte por el interés con que el emperador Pablo miraba á estas dos cortes, y en cuanto á la Santa Sede, por los proyectos religiosos del primer cónsul.

Sin embargo, como ya hemos indicado, el primer cónsul no había querido aún explicarse con nadie sobre sus proyectos respecto al Piamonte. Descontento del rey de Cerdeña que entregaba sus puertos á los ingleses, ponía empeño en conservar su libertad tratándose de un territorio tan próximo á la Francia y que de tanta importancia era para él.

El emperador firmaba la paz por sí mismo, como soberano de los Estados austriacos, y por todo el cuerpo germánico como emperador de Alemania. Prometía la Francia secretamente usar de su influencia sobre la Prusia para predisponerla á aprobar aquel modo de proceder del emperador. Debían canjearse las ratificaciones en el término de treinta días comunes á la Francia y al Austria. Los ejércitos franceses no habían de evacuar la Alemania sino después de canjeadas las ratificaciones en Luneville, pero al mes de verificado el canje debía quedar evacuada enteramente.

Quedó estipulada en este tratado, como en el de Campo-Formio, la libertad de todos los presos por causas políticas; convino en que los italianos detenidos en las cárceles del Austria, y principalmente en las de Moscú y Caprara, habían de ser indultados. No cesó un punto el primer cónsul en reclamar este acto de humanidad desde la apertura del congreso.

Subió al poder el general Bonaparte el 9 de noviembre de 1799 (18 brumario del año VIII); estábamos en 9 de febrero de 1801 (20 pluvioso del año IX); habían, pues, transcurrido quince meses justos, y ya la Francia organizada en parte interiormente y victoriosa del todo por fuera, estaba en paz con el continente y en alianza con el Norte y el Mediodía de Europa contra Inglaterra. España se disponía á marchar sobre Portugal; la reina de Nápoles se arrojaba á nuestros pies; la corte de Roma negociaba en París el arreglo de las cuestiones religiosas.

El general Bellavene, portador del tratado, salió de Luneville el 9 de febrero por la noche y llegó á París de correo extraordinario. El mismo tratado original que llevaba fué inmediatamente insertado en el *Monitor*; todo París apareció súbitamente iluminado; grande y general fué la alegría, y recibió el primer cónsul en homenaje mil acciones de gracias por aquel venturoso resultado de su política y de sus victorias.

LIBRO OCTAVO

MÁQUINA INFERNAL

Tramas ridículas contra la vida del primer cónsul. — Tres agentes de Jorge, Carbón, Saint-Rejant y Limoelán, conciben el proyecto de matarle con la explosión de un barril de pólvora. — Elección de la calle de San Nicasio y del 3 nivoso para la ejecución de este atentado. — Liberta al primer cónsul la destreza de su cochero. — Sensación general. — Atribúyese el crimen á los revolucionarios y á las condescendencias del ministro Fouché con ellos. — Desátanse contra este ministro los nuevos cortesanos. — Reserva y presencia de ánimo de Fouché. — Descubre parte de la verdad y la revela; pero continúa la persecución contra los revolucionarios. — Irritación del primer cónsul. — Proyecto de una medida arbitraria. — Deliberación en el Consejo de Estado sobre este negocio. — Determinación que se adopta, después de prolijas discusiones, de deportar á cierto número de revolucionarios sin formación de causa. — Opónese á este acto arbitrario alguna resistencia, aunque débil. — Se discute si se verificará por medio de una ley ó con una simple orden del gobierno sometida únicamente al senado bajo el aspecto de la constitucionalidad. — Prevalece este último dictamen. — Condénase á la deportación á ciento treinta individuos señalados como terroristas. — Fouché, á pesar de saber que son inocentes del crimen del 3 nivoso, consiente la medida que los proscriben. — Descúbrese los verdaderos autores de la máquina infernal. — Suplicio de Carbón y Saint-Rejant. — Condenación injusta de Topino-Lebrún, Arena, etc. — Legislatura del año IX. — Nuevas declaraciones de oposición en el tribunalado. — Ley organizando tribunales especiales para la represión del robo en los caminos públicos. — Plan de hacienda para la liquidación de los años V, VI, VII y VIII. — Presupuesto del año IX. — Arreglo definitivo de la deuda pública. — Desecha el tribunalado el plan de hacienda; adóptalo el cuerpo legislativo. — Efecto que esto produce en el primer cónsul. — Continúa éste sus tareas administrativas. — Caminos. — Canal de San Quintín. — Puentes del Sena. — Obras en el Simplón. — Monjes del San Bernardo establecidos en el Simplón y en el monte Cenis.

Mientras la situación exterior de Francia se iba haciendo más próspera cada día; mientras Austria y Alemania firmaban la paz, y las potencias del Norte formaban liga con nosotros para contrastar el predominio marítimo de Inglaterra; mientras Portugal y el reino de Nápoles se cerraban para ésta, y todo en fin salía como á medida del deseo de un gobierno moderado y victorioso, la situación interior ofrecía el espectáculo á veces horrible de las terribles convulsiones de los partidos moribundos. Vimos ya, á pesar de la pronta reorganización del gobierno, infestados los caminos de bandoleros, desesperadas las facciones, tramando el asesinato contra la persona del primer cónsul. Tales eran las inevitables consecuencias de nuestras pasadas discordias. Los hombres que la guerra civil había elevado al crimen, y que no podían ya resignarse á hacer una vida pacífica y honrada, buscaban ocupación en los caminos reales; las facciones vencidas, desesperanzadas de triunfar de los granaderos de la guardia consular, intentaban destruir por medios atroces al invencible autor de su derrota.

Aumentaron aún más el latrocinio y el salteamiento al acercarse el invierno, y no se podía ya transitar por los caminos sin exponerse á ser robado ó asesinado. Los departamentos de la Normandía, Anjou, Maine, Bretaña y Poitou eran, como antes, el teatro de aquellos desmanes; pero el mal se había propagado y extendido á otros. Muchos departamentos del centro y del Mediodía, como los del Tarn, del Lozere, del Aveyrón, del Garona superior, del Herault, del Gard, del Ardeche, del Drome, de Vaucluse, de las Bocas del Ródano, de los Alpes altos y bajos, y del Var, se vieron todos infestados de bandoleros. Las cuadrillas de éstos en los departamentos mencionados se habían formado con los

asesinos del Mediodía, que so pretexto de perseguir á los jacobinos, degollaban á los compradores de bienes nacionales para despojarlos; de mozos que no querían someterse á las quintas, y de unos cuantos soldados, á quienes la miseria había hecho abandonar el ejército de la Liguria durante el cruel invierno de 1799 á 1800. Una vez encenegados aquellos infelices en semejante vida, habían cobrado afición al crimen y sólo la fuerza de las armas y el rigor de las leyes podían apartarlos de ella. Detenían los carruajes públicos, robaban en sus propias casas á los compradores de bienes nacionales y también muchas veces á los propietarios ricos, se los llevaban á los bosques, como hicieron por ejemplo con el senador Clement de Ris, á quien tuvieron en su poder por espacio de veinte días, y hacían sufrir á sus víctimas horribles tormentos, quemándoles á veces los pies, hasta que les obligaban á rescatarse entregando considerables sumas. Asaltaban especialmente las arcas públicas, é iban á casa de los mismos recaudadores á apoderarse de los fondos del Estado, so pretexto de hacer guerra al gobierno. Servíanles de espías los vagos que en medio de las turbulencias de la época habían abandonado sus hogares para hacer vida errante, y eran sus exploradores, mientras andaban por las ciudades mendigando como pordioseros. Estos miserables informábanse de todo mientras pedían limosna, y señalaban á los bandoleros sus cómplices, ó los carruajes que habían de asaltar, ó las casas donde podían entrar á saco.

Para escarmentar á aquellas gavillas se necesitaban pequeñas partidas de tropa; cuando se llegaba á dar con alguna de ellas no podía ejercer su acción la justicia, porque no se atrevían los testigos á declarar, y los jurados temían pronunciar sus condenas. Las medidas

extraordinarias son siempre sensibles, menos por los rigores que traen consigo que por la alteración que causan en la constitución de un país, y sobre todo cuando esta constitución es reciente; pero en aquella ocasión no se podía prescindir de medidas de esta especie, porque la justicia ordinaria acababa de ser reconocida como impotente, después de haber intentado su aplicación. Habíase dispuesto un proyecto de ley para organizar tribunales especiales destinados á la represión del bandolerismo, y este proyecto presentado al cuerpo legislativo, reunido á la sazón, estaba siendo objeto de los más recios ataques de parte de la oposición. El primer cónsul, exento de los escrúpulos de legalidad que sólo ocurren en tiempos normales y pacíficos, y que aun cuando sean de carácter mezquino indican por lo menos cierto respeto muy útil y justo al régimen legal, no titubeó en recurrir á leyes militares, mientras se adoptaba el proyecto actualmente sometido á discusión. Siendo preciso emplear partidas de tropas para perseguir á las bandas de salteadores, y no teniendo ya la gendarmería fuerza bastante para reprimirlas y acabar con ellas, juzgó poder asimilar la situación presente con un verdadero estado de guerra que autorizase la aplicación de la ley marcial, propia de las épocas de discordias intestinas. Con esta idea formó varias partidas de poca consideración que recorrieran los departamentos infestados, acompañadas de sus respectivas comisiones militares, las cuales juzgaban en cuarenta y ocho horas á todos los bandoleros sorprendidos con las armas en la mano, y los hacían fusilar inmediatamente.

Era tal y tan grande el horror que inspiraban aquellos malhechores, que á nadie se le ocurría la más leve duda acerca de la regularidad de la justicia de semejantes castigos.

Otros malvados de distinta especie y no menos dignos de aborrecimiento meditaban también por entonces la ruina del gobierno consular, valiéndose de medios diversos y más atroces todavía.

Mientras Demerville, Ceracchi y Arena estaban encausados, sus amigos del partido revolucionario continuaban fraguando mil proyectos á cual más insensatos. Quisieron asesinar al primer cónsul en su palco de la Ópera, y como se ha visto, apenas se atrevieron á asir sus puñales. Tramaban ahora otros planes: tan pronto querían provocar un tumulto á la salida de algún teatro, y aprovecharse de él para asesinar al primer cónsul, como apoderarse de su persona en el camino de la Malmaison y asesinarle después (1). Como verdaderos declamadores de clubs, lo decían en todas partes y en voz alta, de modo que la policía estaba informada hora por hora de todos y de cada uno de sus proyectos (2). Pero

(1) Jouvenot, antiguo edecán de Henriot, trazaba el apoderarse del primer cónsul y asesinarle en Malmaison con un puñado de *rabiosos*; Fouché le estorbó é hizo prender á Jouvenot; mas no le fué posible hacerle declarar. Tres individuos llamados Fion, Dufour y Rossignol, pasaban por ser los principales agentes de la conjuración, y otros dos, llamados Talot y Laiguelot, por sus directores invisibles. Tenían éstos su escritor ó folletista asalariado, un tal Metje, hombre resuelto, activo y de paradero siempre ignorado. (N. del T.)

(2) Los jacobinos exaltados, á quienes, según dijimos en una nota anterior, llamaba *los rabiosos*, conspiraban en público en las tabernas y cafés, y principalmente en la *Abadie-aux-Bois*, que era el paraje de sus reuniones diarias. (N. del T.)

mientras hablaban y urdían tanto, ninguno de ellos era bastante arrojado para poner manos á la obra. Temíanlos poco Mr. Fouché, y sin embargo los vigilaba con atención continua. Entre sus numerosas invenciones, había, no obstante, una más temible que todas, que dió mucho que pensar á la policía. Un tal Chevalier, artesano empleado en las fábricas de armas que se establecieron en París durante la Convención, fué sorprendido trabajando en una máquina espantosa; consistía en un barril lleno de pólvora y metralla, al cual se ajustaba un cañón de fusil con su correspondiente llave; aquella maquinaria estaba sin duda alguna destinada á quitar la vida al primer cónsul; su inventor fué preso y encarcelado (3). Hizo aquella invención algún ruido, y contribuyó más á tener de continuo fijos los ojos en aquellos á quienes llamaban jacobinos terroristas. Su reputación del año 93 los hacía más temidos de lo que merecían ser realmente. El primer cónsul, como ya hemos visto, participaba acerca de ellos del horror en que estaba la generalidad, y teniendo siempre entre ojos al partido revolucionario, ya fijándose en las personas honradas de este partido descontentas de una reacción demasiado rápida, ya en los malvados que tramaban delitos sin arrojamiento para perpetrarlos, se desfogaba contra los revolucionarios sobre todo cuanto ocurría, á nadie tenía mala voluntad sino á ellos, y sólo para ellos imaginaba severos castigos. Mr. Fouché insistía, aunque en vano, en llamar su atención hacia los realistas. Habrían sido menester hechos palmarios para variar la opinión del primer cónsul y la del público acerca de este asunto; pero por desgracia se preparaban algunos verdaderamente atroces.

Jorge, vuelto de Londres al Morbihán rebosando dinero, merced á los ingleses, dirigía secretamente á los salteadores de las diligencias; y había además enviado á París algunos sicarios para que asesinasen al primer cónsul. Contábanse entre ellos dos llamados Limoelán y Saint-Rejant (4), ambos experimentados en los horrores de la guerra civil, y antiguo oficial de marina el segundo con algunos conocimientos en artillería. A estos dos se agregó otro llamado Carbón, hombre subalterno, digno servidor de aquellos criminales consumados. Llegaron á París uno tras otro hacia fines de noviembre de 1800 (principios de frimario), anduvieron buscando el modo más seguro de acabar con el primer cónsul, y aun hicieron en las cercanías de París varios ensayos con escopetas de viento. El ministro Fouché, sabedor de su existencia y de su proyecto, los hacía observar con todo cuidado, pero llegó á perderlos de vista por la torpeza de los agentes empleados en vigilarlos. Mientras se esforzaba la policía por volver á encontrar

(3) Chevalier fué entregado á una comisión militar y fusilado con otros dos cómplices suyos llamados Reycey y Decremps. (N. del T.)

(4) No puede darse propiamente el nombre de sicarios á estos dos realistas, los cuales aunque llevaron la exaltación hasta el más horroroso crimen, no por eso dejaban de ser dos caudillos notables en su partido. Limoelán era mayor general en el ejército de Jorge, y que Saint-Rejant era hombre de principios é instrucción, el mismo Thiers lo asegura. Ninguno de los dos tenía por oficio el matar alevosamente: el atentado que meditaban procedía de un deseo de venganza feroz y bárbaro, mas no de instinto de asesino; la sangre del desgraciado conde de Frotté y del inocente Toustain alzaban clamores que ahogaban en sus oídos la voz de la conciencia. (N. del T.)

su rastro, se ocultaron aquellos malvados entre espesas sombras. Sin declamar como los jacobinos, sin revelar á nadie su secreto, preparaban un horrible atentado que sólo ha sido imitado una vez en nuestros días. La máquina de Chevalier les inspiró la idea de acabar con el primer cónsul por medio de un barril cargado de metralla. Resolvieron poner el barril en un carretón y colocarle en una de las calles angostas que salían entonces al Carrousel y que solía atravesar en coche el primer cónsul. Compraron un caballo y alquilaron una cochera para que los tuviesen por mercaderes forasteros. Saint-Rejant, que, como acabamos de decir, era oficial de marina y artillero, hizo los experimentos necesarios, fué muchas veces al Carrousel para ver salir de las Tullerías el coche del primer cónsul, calcular el tiempo que tardaba en llegar ó las calles contiguas, y disponerlo todo de manera que el barril reventase á tiempo. Eligieron los tres conjurados, para llevar á cabo su proyecto, un día en que el primer cónsul debía asistir á la Ópera á oír el oratorio de la *Creación* de Haydn, que se ejecutaba por primera vez. Era el 3 nivoso (24 de diciembre de 1800); escogieron para teatro del crimen la calle de San Nicasio, que iba desde el Carrousel á la calle de Richelieu y que el primer cónsul tenía costumbre de atravesar con bastante frecuencia. Había en aquella calle varios recodos consecutivos que no podían menos de entorpecer el paso del carruaje mejor conducido. Llegado el día señalado, Carbón, Saint-Rejant y Limoelán llevaron su carretón á la calle de San Nicasio y se separaron en seguida. Mientras Saint-Rejant había de pegar fuego al barril de pólvora, los otros debían apostarse á la vista de las Tullerías, para avisarle no bien descubriesen el coche del primer cónsul. Tuvo Saint-Rejant la bárbara idea de confiar á una muchacha de quince años el caballo uncido á aquella horrible máquina; él por su parte estaba resuelto y dispuesto á aplicar la mecha (1).

En aquel instante, el primer cónsul, cansado de trabajar, vacilaba en si iría ó no á la Ópera; pero se dejó persuadir por las instancias de los que le rodeaban, y salió de las Tullerías á las ocho y cuarto. Acompañábanle los generales Lannes, Bertier y Lauristón, y llevaba de escolta un destacamento de granaderos de caballería. Por fortuna los granaderos iban detrás del coche en vez de ir delante, y llegó éste al estrecho paso de la calle de San Nicasio, sin que hubiesen anunciado su presencia ni la escolta ni los mismos cómplices del

(1) Aquí padece Mr. Thiers una equivocación, aunque de poca importancia. No fué Saint-Rejant, sino Carbón, el encargado de pegar fuego al barril de pólvora; así resulta de la propia carta que Saint-Rejant escribió á Jorje Cadoudal después de frustrado el golpe. Decíale en ella: «Se dispuso al momento Carbón á salir adelante con su empresa; entonces le atropelló contra una tapia el caballo de un granadero, pero él sin perder su serenidad pegó fuego á la máquina. Desgraciadamente no era la pólvora tan buena como otras veces, y tardó en producir su efecto dos ó tres segundos... Sin lo cual el primer cónsul hubiera inevitablemente perecido. No ha tenido la culpa el ejecutor, sino la pólvora...» Por esta misma carta se ve que el no haber estallado el barril á tiempo no consistió, como supone Mr. Thiers, en que el encargado de disparar no recibiese aviso ni señal de los dos que se habían adelantado para anunciar la salida de Bonaparte de las Tullerías, sino en que la pólvora ó tal vez la yesca (según consta que aseguró Carbón respondiendo á la inculpación que le hizo Limoelán) no produjo su efecto tan súbitamente como se esperaba. (N. del T.)

delito, los cuales no avisaron á Saint-Rejant, ya fuese porque el miedo se lo estorbaba, ó ya por no haber reconocido el carruaje en que el primer cónsul iba. El mismo Saint-Rejant sólo le advirtió cuando ya se había separado un poco de la máquina; fué atropellado por uno de los guardias de á caballo, pero sin alterarse pegó fuego al barril y se dió prisa á ponerse en salvo. El cochero del primer cónsul, hombre muy diestro en el oficio, y que acostumbraba á llevar á su amo con velocidad extraordinaria, había tenido tiempo de atravesar uno de los recodos de la calle cuando se oyó de repente la detonación. Fué espantoso el sacudimiento; poco faltó para que el coche volcase; rompiéronse sus cristales, y las fachadas de las casas contiguas quedaron acribilladas con la metralla; uno de los granaderos de á caballo recibió una herida leve y muchas personas muertas ó moribundas quedaron al punto obstruyendo las calles vecinas (2). El primer cónsul y los que le acompañaban creyeron de pronto que les habían hecho fuego con ametralladora; detuviéronse un instante; supieron lo que había sido, y continuaron su camino. Quiso el primer cónsul dirigirse á la Ópera, y se presentó allí con el rostro sereno é impassible, en medio de la emoción extraordinaria que por todas partes reinaba en el salón. Ya se decía que para asesinarle habían volado los forrajidos un barrio entero de París.

Detúvose pocos momentos en la Ópera, y volvió inmediatamente á las Tullerías, donde había acudido gran gentío al rumor del atentado. Entonces fué cuando estalló su cólera hasta aquel instante reprimida. «Son los jacobinos, los terroristas, gritaba: son esos miserables constituídos en rebeldía permanente, ese batallón formado en cuadro contra todos los gobiernos; son los asesinos del 2 y del 3 de septiembre, los autores del 31 de mayo, los conspiradores de pradiel; son esos malvados que para asesinar me no han temido inmolarse millares de víctimas. Yo haré con ellos un ruidoso escarmiento.» No se necesitaba que el impulso procediese de tanta altura, para que se desatase la opinión contra los revolucionarios. La reputación exagerada de su maldad y sus tentativas en los últimos dos ó tres meses eran de naturaleza muy á propósito para que se les atribuyesen todos los crímenes. En aquel salón donde concurrían especialmente personas interesadas en hacer bien conspicio su celo, no se oyó en breve más que un solo clamor contra los llamados terroristas. Aprovecharon aquella ocasión con premura los numerosos enemigos de Mr. Fouché, y propalaron contra él invectivas de todo género. Decían que la policía, según él la tenía organizada, no veía cosa alguna y lo consentía todo, y

(2) Quedaron en la calle de resultas de la explosión unos veinte muertos y cuarenta y seis heridos. Sus familias recibieron socorros desde veinticinco francos hasta cuatro mil quinientos, según la gravedad del daño sufrido. Concediéronse pensiones á las viudas y huérfanos de las víctimas, así como á sus hijos hasta llegar á la mayor edad, en cuya época debían recibir dos mil francos para establecerse.

Contenía el barril veinticinco libras de pólvora, balas, granadas y metralla de toda especie: estaba sólidamente guarnecido de aros de hierro, y pintado por de fuera á modo de una cuba de agua. Quedaron deterioradas con la explosión más de cuarenta y cinco casas, y el daño producido solamente en los efectos muebles se valuó, según el informe del prefecto de policía Dubois, en ciento veintitrés mil seiscientos cincuenta y cinco francos. (N. del T.)

que usaba de una indulgencia criminal con el partido revolucionario. Daba origen á esto las contemplaciones de Mr. Fouché con los que en otro tiempo habían sido cómplices suyos. La vida del primer cónsul no estaba ya segura en sus manos. En cuanto á Mr. Fouché, retirado á un rincón del salón de las Tullerías, con algunas personas que no participaban de aquellos arrebatos, dejaba que le acusasen con la mayor flema, excitando más la cólera de sus enemigos con su aspecto de incredulidad. No quería decir lo que ya había llegado á su noticia por temor de perjudicar al éxito de sus comendadas pesquisas; pero recordando á los agentes de Jorge, vigilados algún tiempo por la policía y después perdidos de vista, no titubeaba allá en su interior de imputarles aquel atentado. Habiendo querido ciertos consejeros de Estado hacer al primer consul algunas observaciones, manifestándole sus dudas sobre los verdaderos autores del crimen de la calle de San Nicasio, montó en cólera y exclamó: «No me harán mudar de dictamen; aquí no hay chuanes, ni emigrados, ni ex nobles, ni curas. Conozco á los autores, yo sabré dar con ellos y aplicarles un ejemplar castigo.» Decía estas palabras con tono vehemente y gesto amenazador; sus aduladores aprobaban y aun excitaban aquella cólera que hubieran debido refrenar, después del horrible suceso que acababa de consternar el ánimo de todos.

Renováronse al día siguiente las mismas escenas. Según costumbre recientemente establecida, pasaron á ver al primer cónsul el senado (1), el cuerpo legislativo, el tribunalado, el Consejo de Estado, los tribunales, las autoridades administrativas y los estados mayores para hacerle presente su dolor y su indignación, sentimientos sinceros y de que todos participaban. En efecto, jamás había ocurrido cosa semejante; la revolución había acostumbrado á los hombres á las crueldades de los partidos vencedores, pero no aún á las abominables tramas de los partidos vencidos. Todos estaban poseídos de sorpresa y de espanto; temíase la repetición de aquellas atroces intenciones, y preguntábase todos con espanto qué sería de la Francia si llegara á ser víctima el hombre único que podía refrenar aquellos miserables. Todas las corporaciones del Estado admitidas en las Tullerías tributaban el homenaje de sus votos ardientes al héroe pacificador que había prometido dar, y que daba en efecto, la tranquilidad al mundo. La forma de sus discursos era vulgar y común, pero el sentimiento que los dictaba era tan verdadero como profundo. El primer cónsul dirigió al Consejo municipal las frases siguientes: «Agradezco cordialmente las pruebas de afecto que el pueblo de París acaba de darme en esta circunstancia. Sé que las merezco, porque el único objeto de mis pensamientos y de mis acciones es aumentar la prosperidad y la gloria de Francia. Mientras esa horda de bandoleros se limitaba á ofender solamente á mi persona, podía yo dejar á las leyes el cuidado de castigarlos; pero ahora que con un crimen sin ejemplar en la historia acaban de poner en peligro á una parte de la población de la capital, el castigo será tan pronto como terrible. Asegurad en mi nombre al pueblo de

(1) El senado, fiel observador de la Constitución, no se presentó reunido en cuerpo, pero el Consejo de Estado se apresuró á ofrecer al primer cónsul sus servicios por órgano de Boulay del Meurthe.

París, que ese puñado de malvados cuyos crímenes han estado á punto de deshonrar la libertad, quedará reducido en breve á la impotencia de hacer daño.»

Todos aplaudían aquellas palabras de venganza, porque no había ninguno que por su parte no profríese otras semejantes. Los hombres sensatos preveían con pesar que el león encolerizado salvaría quizá la barrera de las leyes, pero la muchedumbre pedía justicia á voz en grito. En París era extremada la agitación, los realistas inculpaban de aquel atentado á los revolucionarios, y los revolucionarios á los realistas. Así unos como otros procedían de buena fe porque el crimen había quedado profundamente secreto entre sus autores. Cada cual disertaba sobre este asunto, y según su inclinación á condenar á tal ó cual partido, encontraba razones igualmente plausibles para acusar á los realistas ó á los revolucionarios. Los enemigos de la revolución antiguos y modernos decían que sólo los terroristas podían ser los inventores de una maldad semejante, y citaban como prueba concluyente de su opinión la máquina recientemente descubierta del armero Chevalier. Los hombres sensatos, por el contrario, fieles á la revolución, preguntaban á su vez por qué no habían de ser los bandidos de las carreteras, los *calentadores* (*chauffeurs*) (2), que cometían tantos crímenes, que cada día desplegaban nuevos refinamientos de crueldad sin ejemplo, y que acababan de apoderarse del senador Clement de Ris, los autores de la horrible explosión de la calle de San Nicasio tan bien como los pretendidos terroristas. Fuera de esto, conviene añadir que apenas podían los hombres de ánimo sosegado hacer oír su voz en aquellos momentos; tan conmovida estaba la opinión general, y de tal modo propendía á condenar al partido revolucionario. Pero ¡quién lo creyera! En medio de aquel conflicto de imputaciones diversas no faltaban por ambas partes hombres bastante frívolos ó sobrado perversos para expresarse de otra manera enteramente contraria. Ciertos realistas facciosos deseaban á toda costa la muerte del primer cónsul, y adhiriéndose á la opinión común que atribuía el crimen á los terroristas, admiraban la atroz energía y el secreto profundo que habían sido necesarios para cometer aquel atentado. Los revolucionarios parecía, por el contrario, como que envidiaban tales méritos para su partido, y entre ellos había fanfarrones de crímenes que incurrieran en la culpable locura de mostrarse casi ufanos del abominable hecho que se les imputaba. Sólo en tiempos de guerras intestinas puede darse tanta frivolidad y perversidad de lenguaje en hombres incapaces de cometer las acciones que tienen el atrevimiento de aprobar.

Por lo demás, todos los que comentaban y discurrían sobre aquel suceso estaban en el más completo error; sólo el ministro Fouché acertaba quiénes podían ser los verdaderos criminales.

Mientras se ocupaba él en descubrirlos, trataban todos del modo cómo podrían prevenirse en adelante las

(2) Dábase en tiempo de la revolución el nombre de *calentadores* á ciertos bandoleros que asaltaban á las personas en sus casas y en los caminos públicos, y las quemaban las plantas de los pies hasta que declarasen dónde tenían su dinero. Aunque ajenos de toda bandera política, estuvieron algún tiempo confundidos con los chuanes, y quedaron completamente extirpados en 1803.

tentativas de la misma especie. Tan habituados estaban entonces á las medidas violentas, que les parecía casi natural y lícito apoderarse de las personas señaladas como antiguos terroristas, y tratarlas del mismo modo que en el año 93 habían tratado ellos á sus víctimas. Las dos secciones del Consejo de Estado á quienes más particularmente incumbía el conocimiento de aquel negocio, que eran las de Legislación y de lo Interior, se reunieron el 26 de diciembre (5 nivoso), dos días después del suceso, para determinar entre los diversos proyectos presentados el que pareciese más admisible. Discutiase casualmente á la sazón el proyecto de ley sobre los tribunales especiales, y se pensó en añadirle dos artículos; el primero instituyendo una comisión militar para juzgar los crímenes cometidos contra los miembros del gobierno, y el segundo concediendo al primer cónsul la facultad de desterrar de París á aquellos cuya presencia en la capital se juzgara peligrosa, y de castigarlos con la deportación, caso de que trataran de substraerse á su primer destierro.

Después de un examen preliminar del negocio en el seno de las dos secciones de Legislación y de lo Interior, reunióse el Consejo de Estado en cuerpo, bajo la presidencia del primer cónsul. Mr. Portalis hizo una exposición de lo tratado por la mañana en las dos secciones mencionadas, y sometió sus proposiciones al Consejo reunido. El primer cónsul en su impaciencia halló insuficientes aquellas proposiciones; parecióle cosa muy poco eficaz para aquellas circunstancias un mero cambio de jurisdicción. Hubiera por su gusto prendido á todos los jacobinos en masa, fusilado á los convictos de haber sido fautores del crimen y deportado á todos los restantes; pero también quería hacerlo por vía de medida extraordinaria para asegurar mejor el resultado. «La acción de un tribunal especial, dijo, sería lenta, y no alcanzaría á los verdaderos culpados; no estamos en el caso de perder el tiempo en cuestiones de metafísica judicial; todos los males que sufre la Francia desde hace diez años son debidos á los cerebros metafísicos. Es preciso hacerse cargo de la situación como hombres de Estado, y aplicar el remedio con ánimo resuelto. ¿Cuál es el mal que nos aqueja ahora? Hay en Francia diez mil malvados esparcidos en toda su superficie que han perseguido á todos los hombres de bien y que han teñido sus manos de sangre. No son todos en verdad culpables en igual grado; muchos hay capaces de enmienda y de arrepentimiento; pero mientras vean establecido en París su cuartel general, y á sus caudillos urdiendo tramas impunemente, conservarán esperanzas, y estarán siempre dispuestos. Destruyamos sin compasión á los caudillos, y pronto veremos dispersarse á los soldados. Volverán á sus tareas, de las cuales los separó una revolución violenta; olvidarán esta época borrascosa de su vida y volverán á ser ciudadanos pacíficos. Los hombres honrados, que sin cesar están temiendo sus amagos, recobrarán su tranquilidad y se unirán más estrechamente á un gobierno que sabe protegerlos. No hay aquí medio; ó es preciso perdonarlo todo como Augusto, ó tomar una venganza pronta, terrible y proporcionada al crimen. Es menester castigar á tantos culpados como víctimas ha habido; es preciso fusilar á quince ó veinte de esos malvados y deportar á doscientos ó más de ellos. De este modo quedará la república

limpia de perturbadores que causen su desolación, y purgada de una hez inmundicia y sangrienta...» Iba animándose el primer cónsul á medida que pronunciaba estas palabras, y exasperándose por la misma desaprobación que advertía en algunos semblantes. «Estoy tan convencido, exclamó, de la necesidad y de la justicia de una medida de esa importancia, para purgar á la Francia y tranquilizarla al mismo tiempo, que estoy dispuesto á constituirme tribunal yo solo, á hacer comparecer ante mí á los culpados, á interrogarlos, á juzgarlos y á hacer ejecutar su condena. Seguro estoy de la aprobación de la Francia entera, porque no es mi persona la que trato de vengar con esto. Mi fortuna, que tantas veces me ha sido fiel en los campos de batalla, sabrá servirme de custodia por algún tiempo todavía; no pienso en mí, pienso tan sólo en el orden social que estoy encargado de restablecer, y en el honor nacional que tengo obligación de lavar de una abominable mancha.»

Esta escena dejó mudos y helados de sorpresa y de temor á un mismo tiempo á varios miembros del Consejo de Estado. Los que participaban de los instintos sinceros, pero desmesurados del primer cónsul, aplaudieron su razonamiento; pero la gran mayoría reconoció con pesar en sus palabras el lenguaje de que habían usado los mismos revolucionarios al proscribir á millares de víctimas. También ellos habían dicho que los aristócratas ponían en peligro la república, que convenía deshacerse de ellos por los medios más pronto y seguros, y que bien podían hacer sacrificios por la salvación de la causa pública. La diferencia era en verdad muy grande, porque en vez de unos cuantos pordioseros sanguinarios que en su ciego furor concluían por darse á sí propios el nombre de aristócratas y por degollarse unos á otros, existía ahora un hombre de genio que se encaminaba con energía y conjunto hacia el noble objeto de restablecer el orden en una sociedad completamente desquiciada. Quería por desgracia conseguirlo, no por la lenta observancia de las reglas, sino por medios pronto y extraordinarios, como los que se habían empleado en trastornarla; su buen seso, su corazón generoso y el horror á la sangre, general á la sazón, eran ciertamente garantías contra las ejecuciones injustas y sangrientas; pero exceptuando el derramamiento de sangre, todo se creía permitido contra los que llevaban el dictado de jacobinos y terroristas.

Suscitáronse en el seno del Consejo de Estado algunas objeciones, pero con sobrada timidez, por cuanto el odio general que inspiraba el crimen de la calle de San Nicasio hacía decaer el ánimo á los que hubieran deseado oponer cierta resistencia á semejantes actos de arbitrariedad. Sin embargo, un personaje que no temía arrostrar la cólera del primer cónsul, y que se le oponía algunas veces con poca habilidad, pero con lealtad y franqueza, que era el almirante Truguet, viendo que se trataba de castigar á los revolucionarios en masa, manifestó algunas dudas sobre los verdaderos autores del atentado. «Se pretende, dijo, extirpar á los malvados que turban el sosiego de la república, sea en buen hora; pero téngase entendido que hay más de una especie de malvados. Los emigrados á quienes se han abierto las puertas, amenazan á los compradores de bienes nacionales; los chuanes infestan las carreteras; los clérigos